

## CAPÍTULO I

### HIPÓTESIS DEL PORQUÉ Y PARA QUÉ DEL BACHILLERATO A PARTIR DEL CONCEPTO DE CULTURA BÁSICA

Con la intención de precisar la posición que sostenemos como hipótesis, procedemos en este capítulo a hacer algunas aclaraciones de concepto.

Sustentamos que el ciclo escolar del bachillerato tiene como finalidad educativa que los alumnos puedan asimilar y enriquecer conscientemente elementos básicos de la cultura del medio y particularmente de la cultura propia del intelectual.

Asimismo, el porqué del ciclo del bachillerato se justifica en última instancia por su para qué.

El sentido mismo del bachillerato, así como su estructura y contenidos, está condicionado por el proceso histórico de un país o una sociedad dada. Los proyectos educativos son, entonces, parte de un proyecto originado fuera de las instituciones educativas, en el terreno económico, político e ideológico de la sociedad.

En la configuración de ese proceso histórico intervienen preponderantemente los factores económicos, las contradicciones sociales y la correlación de fuerzas políticas, así como los sistemas de interpretación de la realidad y los propósitos de los distintos grupos sociales. Si bien los primeros elementos aquí mencionados dominan el conjunto del proceso, no se puede prescindir de los últimos. Un proceso histórico es resultado de la compleja interacción de todos ellos.

Las instituciones educativas reflejan en su seno la complejidad de ese proceso, al ser modeladas por los intereses, la ideología y la fuerza de los grupos dominantes y al admitir las influencias y las presiones de otros grupos. El espacio educativo es un espacio de conflicto, es un espacio de dominación constantemente renovada por el discurso que explica la razón del estatus, y constantemente amenazada por el discurso crítico y los movimientos de inconformidad social.

El conflicto de este espacio se configura específicamente por la contradicción entre la función conservadora y la función transformadora de la tarea educativa. En efecto, la educación es un espacio de reproducción indispensable para transmitir ideologías, legitimar al sistema y capacitar a los hombres para las tareas socialmente requeridas y, al mismo tiempo, un espacio en el que privilegiadamente se desarrollan la capacidad de crítica y la formulación de alternativas frente a lo establecido.

En casos de conflicto entre las instituciones educativas y grupos dominantes, existe la posibilidad de que estos últimos hagan intervenir medios externos a la vida académica para intentar que aquellas cubran sus requerimientos. Sin embargo, el recurso que utilizan más frecuentemente y que les es más eficaz, por su carácter supuestamente intrínseco a las tareas educativas, es la formulación de proyectos que articulan y determinan el conjunto de acciones que tienen por objeto la funcionalidad del sistema educativo para los intereses dominantes en la sociedad. Estos proyectos suelen justificarse verbalmente como la racionalización en diversos aspectos de los servicios educativos, en búsqueda, normalmente, de una mayor eficiencia.

No obstante lo anterior, las instituciones educativas tienen un margen para adoptar direcciones diferentes a las que se pretende imponerles. Su autonomía depende de la fuerza que las instituciones registran en una situación dada. En otras palabras, la posibilidad de que éstas participen en la modelación de sus objetivos como sujetos creativos o como objetos pasivos depende de la situación en que se encuentren al formular un proyecto; éste será más coherente y tendrá más influencia en el proceso histórico de la sociedad si se produce en una situación interna de consenso, cuando los miembros de la institución coinciden en el papel que quieren jugar en la sociedad y se empeñan por conseguirlo.

La autonomía aparece así como una posibilidad rela-

tiva a la cohesión que se consiga entre los miembros de las instituciones educativas. Supone una lucha constantemente renovada por defender el “ser-sujeto” de las instituciones educativas, a través del ejercicio cabal de su función crítica ante los grupos dominantes.

El porqué y para qué del ciclo escolar del bachillerato, es hoy objeto de discusión. El hecho mismo de que este ciclo escolar se ubique después de ocho o diez años de formación escolarizada y, por lo mismo, en condiciones normales reciba a los alumnos que dejan la primera adolescencia (15 a 16 años), es común también a muchos países. Nos encontramos ante un dato fáctico de enorme volumen que, al menos en nuestro medio, no ha sido suficientemente racionalizado.

Mientras resulta fácil ponerse de acuerdo sobre las finalidades de la educación primaria (y aun de los “elementos” que ha de incluir este nivel llamado elemental), y casi no se discute sobre el para qué de currícula escolares que pretenden dar capacitación específica en los planos profesional y técnico, la diversidad de planes de educación post-secundaria en México (y prácticamente en cualquier país) hace ver que, en ese sentido, difícilmente hay claridad al respecto.

Desde instancias ajenas a sí misma, la educación media superior se considera orientada a la preparación de bachilleres para los estudios profesionales; ello coloca al sistema como un maquillador de preparación para un mercado profesional cada vez más diferenciado, lo cual, de entrada, por la simple pluralidad y diversidad creciente de los programas profesionales, ya induce una grave dificultad en la formulación de nuestro plan de estudios y en el desarrollo preciso de los programas que lo conforman.

La educación que sigue a la elemental, desde la Baja Edad Media y hasta nuestros días, comparte con la educación elemental la función de transmitir y conservar fundamentalmente aspectos de la cultura básica de la sociedad en donde se encuentra inserta. La diferencia con la escuela elemental está dada en que la cultura so-

cial que así se transmite es una cultura racional y racionalizada, transmitida precisamente en cuanto tal.

Efectivamente, la “manera de actuar” que un grupo social transmite a los educandos en la escuela elemental, en muchos casos es introyectada por los mismos sin asumirla de modo aceptable y, ciertamente, sin una mediación intelectual que resulta suficiente para sustentarla, criticarla o enriquecerla, a medida que se produce el desarrollo biopsicológico y social de cada individuo. Por eso el nivel educativo medio superior ha de crear las condiciones para propiciar una mediación racional.

Existen, desde el punto de vista de la experiencia del bachillerato y dentro del sistema escolarizado, dos posibilidades polares explicadas primordialmente por la atracción que sobre él ejercen los módulos escolares que lo anteceden y lo siguen: la primera lo asimila fácilmente a la formación elemental; la segunda a la formación profesional o técnica. El sentido real del bachillerato no puede estar dado en ninguno de los polos, aunque necesariamente quedará condicionado por la relación que se establece entre ellos.

Se ha afirmado en este documento que la estancia del bachillerato tiene como finalidad la transmisión, y eventualmente la producción, de cultura básica. Lo anterior obliga a precisar el sentido que se da a términos como cultura: hemos entendido por *cultura* una estructura o un sistema<sup>1</sup> de conocimientos, de conducta y comportamientos, de valores e instituciones consuetudinarias o instituidas que protegen esos valores y esas conductas compartidas por un grupo humano. La cultura es, en ese sentido, un “modo de ser o de actuar” propio o específico de un grupo humano.

Por supuesto, la cultura, el modo de ser o de actuar propio de un grupo humano, no es algo fijo o inmóvil. Los patrones culturales cambian, se enriquecen o se modifican a lo largo del tiempo, y si bien los valores que

<sup>1</sup> Entendemos por sistema el conjunto ordenado de elementos y relaciones estables, mutuamente dependientes e independientes de toda otra estructura.

los fundamentan suelen tener una mayor permanencia, las formas en que se manifiestan y los comportamientos dejan ver más patentemente esta movilidad.

Cultura es, de esta manera, un concepto histórico, propio de la antropología, que cobre sus determinaciones concretas en condiciones históricas concretas.

Los elementos valorales, conductuales y de conocimientos que pueden identificarse como comunes a un grupo, las formas como se manifiestan y los mecanismos con los que el grupo los protege, nos dan una idea de la cultura que el grupo comparte, produce, conserva y transforma. Esto es, sólo en un marco social dado se puede hablar de conocimientos, conductas, valores o instituciones compartidas y sólo la identificación de los mismos permite establecer límite a un marco social.

Asumimos que dentro de estos elementos compartidos hay algunos que son *básicos*, en el sentido de que son bases o fundamentos de otros elementos, pues son los que más fácilmente pueden identificarse como los especificantes o diferenciadores de una cultura dada.

Nuestra preocupación es precisar con claridad *cuáles son los elementos y la estructura básica* de la cultura que se han de transmitir y enriquecer en el bachillerato, ciclo en el cual la educación debe poner al saber especializado en una perspectiva más amplia, de acuerdo con el movimiento global de la cultura.

La explicación del porqué y para qué del bachillerato a partir del concepto de cultura, hace referencia necesariamente a un marco social al cual corresponde este bachillerato. En nuestro caso, el bachillerato es *universitario* y la universidad misma se puede explicar a partir de la función social que desempeña. En este sentido, afirmamos que ha sido componente fundamental de lo universitario el elemento conciencia: es definitorio de la cultura universitaria el ser consciente en mayor o menor grado de la cultura que se comparte.

Este ser consciente de la cultura que se comparte, tiene en la acepción más común de la palabra un sentido de crítica ideológica: un quitar de la ideología en sentido

peyorativo su carácter de conocimiento arracionalmente compartido por un grupo humano. El elemento de arracionalidad queda eliminado por el acto de toma de conciencia.

Sólo la conciencia que el sujeto cobre de sí mismo como sujeto le posibilita la actuación como tal. En ese sentido, la autoconciencia de la universidad o la del bachillerato son condición para pasar de la simple coexistencia o de la contemplación a la transformación de la realidad que los circunda.

La claridad que el bachillerato logre sobre su función respecto de la cultura básica de la sociedad es condición para que, más allá de la introyección arracional de esta cultura, pueda asimilarla, hacerla propia, transmitirla conscientemente y enriquecerla en la misma aceptación crítica de ella.

El bachillerato, entre nosotros, se define como *nivel medio*. Esta medianía señala que la cultura básica objeto del mismo es la cultura media, y esta última afirmación puede entenderse en diversos sentidos.

La cultura que imparte el bachillerato es media, por cuanto ni puede reducirse a repetir los puros datos elementales o básicos que se transmiten en la educación elemental, ni pretende, ambiciosamente, agotar las especificaciones o determinaciones de la más alta calidad. El nivel propio en cuanto a conocimientos, en cuanto a comportamiento, y sobre todo en cuanto a destreza, deberá encontrar un justo medio.

Además, puede decirse que esta cultura básica es cultura media porque es la cultura propia del medio. Debe recoger, transmitir, criticar y enriquecer los elementos conductuales y axiológicos del medio social al cual pertenece. La definición o delimitación de la amplitud de este medio pudiera ofrecer dificultades teóricas; sin embargo, parece legítimo postular en la práctica que esta delimitación está dada por la precisión de un marco cultural compartido por un determinado grupo humano.

Por estos motivos será objeto del bachillerato estable-

cer el concepto y crítica de la cultura vigente en un medio dado, donde el concepto se refiere a la objetivación de los elementos culturales, y la crítica primordialmente a tomar este concepto como una determinación histórica dada, superable procesalmente por la misma acción del sujeto individual y colectivo.

Esta cultura básica universitaria de nivel medio debe ofrecer las condiciones que propicien la mediación intelectual necesaria para el desarrollo de la conciencia —individual y colectiva— de la primera madurez o de la juventud. La relación entre el sujeto y el medio a esta edad es tal, que exige necesariamente ajustes y reacomodamientos críticos y realistas, para los cuales es indispensable cierta capacidad globalizadora y analítica, formar para ordenar, seleccionar y calificar la información, para interpretarla de manera general, para identificar y diferenciar los casos particulares y comprenderlos dentro de concepciones de totalidad.

Al respecto, nada parecería más lejano al carácter universitario —es decir, científico y por tanto crítico— de esta cultura básica de nivel medio, que su transmisión en el bachillerato se convirtiera en formas de mediatización sociopolítica.

En función de lo afirmado, procede un acercamiento hacia los elementos o ingredientes que configuran esa cultura básica correspondiente a un nivel medio superior de escolarización que es, entre nosotros, universitario.

Para facilitar la toma de conciencia de esa cultura compartida, habrá que señalar que la cultura universitaria moderna no puede concebirse sino como una cultura de carácter científico, donde la conciencia es la metódica y rigurosa sistematización de la experiencia con miras a su transferencia a partir de la predictibilidad y la comprobabilidad.

Por otra parte, la universidad entra en relación con la sociedad en la misma forma en que la conciencia lo hace con el sujeto. No podrá, por ello, prescindir en modo alguno de ejercer como tal, y esta toma de con-

ciencia ha de ser hoy también conciencia científica de la sociedad.<sup>2</sup>

Esta conciencia científica de la sociedad o del hombre —donde habrá que cuidar que el término “hombre” no resulte vacío— está vinculada necesariamente con la opción del hombre como centro del universo, principio de la actitud humanística.

La universidad hoy no puede ser sino científica y simultáneamente humanística, y así tiene que ser su cultura en los niveles básicos universitarios. Hoy la cultura básica universitaria, incluso en un planteamiento curricular, tiene que implicar necesariamente una visión humanista de las ciencias y particularmente de la ciencia de la naturaleza, y una visión científica de los problemas del hombre y de la sociedad.

El lenguaje, como expresión única del ser humano, y como medio de transmisión de la cultura, finca su importancia en que el pensamiento sólo pudo desarrollarse por medio de él, y hoy día la cultura universitaria concentra en el lenguaje del idioma la expresión cualitativa del universo, con todo el bagaje de información y de conceptos, categorías, leyes y teorías que nos permiten explicarnos la realidad en su totalidad.

Las matemáticas, como método sistematizador del conocimiento y como lenguaje de máxima economía son, a su vez, ingrediente indispensable de la cultura, y de la cultura universitaria de nuestro tiempo, como conducta, como actitud y como comprensión de la realidad. Las matemáticas tienen además en nuestro tiempo el carác-

<sup>2</sup> El término mismo de sociedad se presta a interpretaciones múltiples y su uso indiscriminado le ha restado validez, hasta el punto de convertirlo en una abstracción vacía de contenido. En el contexto de la afirmación inmediata anterior, la palabra “sociedad” hace referencia a la totalidad del proceso socio-histórico y a sus determinaciones, según ámbitos de cualquier amplitud: a las distintas formaciones sociales.

En el sentido del sujeto social que hace conciencia de sí mismo, la delimitación de un grupo respecto de otro parece más fácilmente referible a la delimitación de una cultura respecto a otra. Hay, en ese sentido, una sociedad concreta que puede ser ya no México, o el medio urbano del mismo, o una clase social dada, sino simplemente el CCH, o la Universidad, o una generación de universitarios. Estos han de tomar conciencia de sí, y conciencia de sí en los ámbitos sociales de diversa amplitud a los que pertenecen o con los que se interrelacionan.



ter de “lenguaje culto”, como lo tuvo en algún momento el latín. El acceso a ellas, su dominio, es hoy condición de promoción a ciertos niveles culturales y puede convertirse en un saber de dominación de élite. Con independencia de las condiciones que hoy las determinan como camino obligado para la comprensión y comunicación de ciertos conocimientos, la liberalización o popularización de un saber de dominio se convierte en necesidad de quien pretende ser consciente de las condiciones sociales.

Por otra parte, porque así es hoy la sociedad y porque creemos que así debe ser, la cultura básica universitaria se presenta también como necesariamente participativa y comprometida con la transformación del entorno cultural y social.

Social y sociológicamente, al menos en las grandes concentraciones urbanas, los alumnos que acceden a este nivel del bachillerato se encuentran en la necesidad de establecer una primera síntesis de tipo intelectual y cultural. Esta síntesis ha de tener la característica de ser producto propio y asimilado por el sujeto, que en esa edad se autoexplica simultáneamente como diferenciado o integrado a su medio.

Es importante señalar que los adolescentes que recibimos en el bachillerato se encuentran en una etapa de transición. En esta transición intervienen factores emocionales, cambios físicos y psicológicos, y sobre todo, la madeja social en donde se desenvuelven. La adolescencia puede explicarse desde diferentes puntos de vista. Aquí, por su relación con la educación y el aprendizaje, es conveniente clarificar el desarrollo intelectual en que se encuentra el adolescente y cuál es su proceso de conocimiento de la realidad.

Algunas teorías contemporáneas afirman que la adolescencia se caracteriza por la capacidad de realizar operaciones mentales no sólo sobre objetos sino sobre hipótesis, sin que necesariamente exista una relación inmediata con lo concreto.

En esta etapa el conocimiento va más allá de la rea-

lidad; hay quien la ha llamado “la edad metafísica”, por la sorprendente facilidad con la cual el adolescente elabora teorías abstractas y planteamientos que van más allá de la realidad inmediata. Incluso al cuestionar la realidad, lo hace a partir de sus propias concepciones más o menos elaboradas, expresadas o simplemente vividas de un modo íntimo y secreto.

Según se descentralizan las acciones, es decir, según se diferencia el mundo interno del mundo externo y establecen las conexiones y relaciones entre uno y otro, junto al avance de la comprensión lógica del mundo objetivo y sus leyes el adolescente construye sistemas y posiciones de carácter reflexivo y abstracto y concibe al mundo desde su punto de vista, al mismo tiempo que lo refiere a sus propios deseos, inquietudes y a su nueva capacidad lograda por la experiencia anterior.

En este ámbito, el bachillerato adquiere una importancia fundamental. Es aquí donde el adolescente puede conciliar su pensamiento con la realidad y buscar el equilibrio entre lo uno y lo otro.

Un bachillerato de cultura básica como el que aquí se presenta, al fomentar la reflexión sobre la propia experiencia intelectual, facilita tanto la interiorización como la exteriorización de la acción del pensamiento, lo que permite finalmente la captación globalizadora de la realidad.

Esta concepción del bachillerato como un bachillerato de cultura básica, reivindica para sí la vinculación con una riquísima y fecunda tradición, mucho más que con las recomendaciones de que en los países en vías de desarrollo se intensifique la educación post-secundaria especializada o de capacitación inmediata.

Una tradición universitaria es ya, al menos en el siglo xiv, la licencia en filosofía o en artes que no exige estudios universitarios previos (sino de retórica o gramática) pero es la ruta más frecuentada para los doctores en teología, medicina y cánones o leyes. La filosofía (*ancilla theologiae*) es, por una parte, preparatoria para otros niveles y, por otra, la cultura básica universitaria,

valiosa por sí misma, al permitir una racionalización totalizadora del medio.

En este sentido, la filosofía no reducida a la pura especulación, sino fundada en el conocimiento y concebida como asunción crítica de lo móvil o lo relativo en cada una de sus determinaciones concretas, es el componente fundamental de la cultura básica universitaria que se da en forma explícita o implícita y que se transmite y se enriquece en el nivel medio superior.